

Transmisión del psicoanálisis y la experiencia de la formación

Helena Varón Rogozinski

En este trabajo pretendo compartir mis reflexiones sobre la transmisión del psicoanálisis como analista en formación. La tarea me impone un cuestionamiento: ¿De dónde surge mi deseo de ser analista? ¿Qué es lo que encontré en el psicoanálisis y a su vez quiero transmitir?

Todos los que estamos aquí fuimos atrapados por el psicoanálisis, quizá desde la búsqueda de respuestas, pero también desde el encuentro con un espacio que da cabida a ese mundo interno efervescente que no había encontrado un lugar de expresión. Uno automáticamente piensa en su propio análisis como aquella experiencia que gestó el deseo de devenir analista, sin embargo, no todos los pacientes siguen este camino y algunos descubren un sendero distinto que le da movimiento a su subjetividad.

Creo que la semilla de la que brotamos los analistas es anterior a nuestro acercamiento al psicoanálisis. Si bien nuestros procesos ayudaron a que emerja el deseo de formarnos, ya desde niños poníamos atención especial a nuestro mundo interno y quizá también al de los demás. ¿Qué hace que un niño se sumerja y explore su mundo interno? Pienso que puede ser una alternativa para manejar el dolor, pero también el descubrimiento de un espacio privado de mucha riqueza en nuestra imaginación. A mi por ejemplo, me decían que era una niña distraída y yo sentía que me estaban diciendo que era rara, distinta. ¿Cómo explicarles en ese entonces, que había algo valioso en el jugueteo con mis fantasías? Había descubierto algo que no tenía nombre y que después el psicoanálisis me ayudó a nombrar. Mi encuentro con el psicoanálisis fue un hallazgo generado en ese espacio ilusorio en que convergía algo propio con un saber compartido.

Incursioné en el mundo analítico sintiéndome acompañada en ese descubrimiento, acogida en mi extranjería, había una comunidad de personas que estudiaban el inconsciente y le daban un lugar fundamental en el psiquismo. El psicoanálisis me permitió mirar y dar sentido a ese mundo interno, en un lugar que daba cabida a mi singularidad, en dónde se acepta la exploración de las partes más confusas de la mente con la esperanza de que el acercamiento a nuestras verdades nos torne más libres y dueños de nosotros.

Pensándolo bien, más que un encuentro, el psicoanálisis era una búsqueda, una añoranza de objeto perdido, una instancia en la que yo había depositado altas expectativas y un sentido de pertenencia. Pero la realidad

es que no todo es placentero en un encuentro analítico, también es doloroso, implica desilusiones, confrontaciones y riesgos.

Cuando entré por primera vez a análisis, después de hojear muy superficialmente a Freud en la licenciatura, tenía esta ingenua e idealizada fantasía de que el proceso ayudaría a develar casi mágicamente mi inconsciente, como si el inconsciente fuera esta base del iceberg inamovible y con solo asociar, mi analista podría bucear en las profundidades y comunicarme sus descubrimientos. Fue afortunadamente frustrante darme cuenta de que ni era tan fácil asociar libremente, ni mi analista podía leer mi mente.

En una entrevista que hace Mariano Hornestein a Caetano Veloso, el músico comparte su experiencia como paciente:

“Cuando soñaba con el psicoanálisis pensaba que uno llegaba ahí y ... Esa idea de la asociación libre... Yo imaginaba una soltura... Nada de eso sucedió: uno llega, se encuentra con una persona, ¿Se entiende? Hay una persona y uno. Uno tiene que hablar, no sabe por dónde empezar, y también... las amarras sociales se mantienen todas allí... mientras, uno va creando una relación, que es una relación especial: es diferente a las demás ¿No? Uno hace al mismo tiempo una gran apertura de su intimidad a una persona que no forma parte de su vida. Uno realmente crea una instancia especial. Y yo vi eso, a pesar de todo, sucede, pero sentía decepción por ver que las cosas no acontecían como las había soñado...” (Hornestein, 2022).

Sabemos que la desilusión implica un desplazamiento de un tipo de seguridad omnipotente hacia organizaciones psicológicas más maduras, prácticas y satisfactorias. Es necesaria para el crecimiento, permite generar una mirada más realista del mundo externo e involucrarse con él, posibilita la independencia y la identificación. (Seligman, 2018)

El análisis te enseña a tolerar la decepción y la relación analítica permite continuar el proceso. Yo entendí que en el camino de exploración al mundo interno no solo es importante escarbar y ahondar; sino también construir y edificar, que lo transformador del análisis es el proceso creativo que conlleva, en donde paciente y analista van trazando juntos pinceladas en el lienzo y las líneas van tomando forma de a poco, con paciencia y perseverancia.

Pero ese aprendizaje vino años después de haber dado el clavado al diván, los resultados se ven uno a uno y en retrospectiva. Pienso mi paso por la formación como una apuesta en ese sentido:

En este momento me siento corriendo un maratón, leyendo a marcha forzada, sumergida en la regresión que implica el análisis didáctico, trabajando, supervisando a mis pacientes y haciendo pausas para tomar agua, pisar la realidad, ser madre, esposa, hija, amiga... Es una experiencia sumamente demandante e intensiva. Cuando se está corriendo, las cosas pasan deprisa, pareciera que no hay tiempo para procesar todo lo que está ocurriendo, uno está motivado y a veces siente dolor, pero no alcanza a ver la meta ni mira atrás el trayecto recorrido. Lo importante es concentrarse y no detenerse. De momento así vivo la formación, sigo en la marcha, confiando en el proceso, con la esperanza de que en un futuro pueda disfrutar del final de la metamorfosis que implica este camino.

Me doy cuenta de que hablar de un “final de la metamorfosis” de la formación es relativo, si se pudiera saciar absolutamente el deseo, dejaría de haber espacio para el crecimiento y la vida, así que espero mantener un poco de insatisfacción y búsqueda mientras siga ejerciendo mi práctica clínica; pero lo que resalto aquí, es una inquietud de conocimiento y un deseo de transformación que sostienen mi paso por el instituto.

García Vazquez, et al. (1991) refieren que en la transmisión del psicoanálisis está presente la falta, la tensión entre el conocimiento y “lo inasible”.

“En el pensar psicoanalíticamente no se trata de salir de la duda sino de aceptarla; no se trata de alcanzar la claridad, sino de tolerar lo velado. (...)

-hablan de- un espacio de «apronte», de «anidamiento», personal e intransferible que tiene que ver con el deseo, con la búsqueda de conocimiento. ¿Cómo podríamos denominar a este espacio? ¿Espacio de suspensión? ¿De atención expectante? ¿De expectativa? Parece ser un espacio de demora, condición necesaria para la creación. Implicaría una actitud de disponibilidad, un estado mental no vigilante y a la vez receptivo, dispuesto para la evocación, el «llamado al objeto». Recepción y evocación relacionadas a la creación pueden entonces atravesar la modalidad del encuentro de la enseñanza.” (p. 7)

Pienso entonces en la formación como un espacio transicional y potencial que posibilitará (o no) que nos construyamos y reconozcamos como psicoanalistas.

Winnicott (1971) plantea 3 funciones de la madre que favorecerán el desarrollo sano del bebé:

1. El *holding*: Es la capacidad de sostener emocionalmente al infante.

2. El *handling*: Son las manipulaciones y cuidados concretos al bebé ofrecidos en tiempo óptimo.
3. La presentación de objeto: Se refiere a la capacidad de la madre para ilusionar al niño, para ofrecerle el objeto en el momento que éste lo está deseando, de manera que al obtenerlo sienta que él lo creó.

Relacionando los conceptos de Winnicott con la experiencia en el instituto, el *holding* estaría en aquello que nos contiene en los avatares emocionales que implica este camino, nuestro sostén cuando estamos regresivos, cansados y confusos. Si tenemos la suerte de tener analistas, maestros y compañeros empáticos y sostenedores, atravesaremos estos estados con calma, sabiendo que las desorganizaciones internas son temporales y apostaremos a la continuidad en la formación. Pero, ¿qué pasa cuando nuestros “padres y madres analíticos” no están disponibles para transmitirnos este estado de calma y contención? ¿Cuándo la institución se siente tambaleante y la atención de los didactas se encuentra en luchas políticas que amenazan con la fragmentación? En este sentido, los compañeros se vuelven indispensables fuentes de apoyo, complicidad y soporte. Con los amigos que hacemos en el instituto se crea un lazo especial de afinidad, que nos impulsa a compartir nuestras vivencias y nos permite aliviar nuestras angustias y retomar el rumbo ante las vicisitudes de la formación.

El *handling* estaría en el bagaje de conocimientos teóricos, técnicos y emocionales de los que hacemos uso para formarnos. Un *handling* eficiente, genera personalización, confianza, continuidad existencial, la posibilidad de sentirse seguros para avanzar y afrontar riesgos. La calidad de los seminarios, lecturas y supervisiones posibilita que nos habitemos como psicoanalistas, que nos convirtamos en analistas suficientemente buenos y nos sintamos capaces en nuestra práctica clínica. En este sentido, tener acceso a una pluralidad de abordajes nos enriquece, pero conforme más leemos, nos damos cuenta de que menos sabemos, cuatro años de estudio intensivo no alcanzan para adquirir todo el conocimiento que demanda esta profesión. Formarse como psicoanalista en el año 2023 implica ingresar a un mundo de demasiadas voces teóricas, a veces contradictorias, en donde se corre el riesgo de no aprender a profundidad ninguna o establecer prematuramente rígidas filiaciones que obstaculizarían nuestro aprendizaje. Marcelo N. Viñar (1991) señala que la multiplicidad de teorías psicoanalíticas implica un riesgo de posicionamiento dogmático, si en lugar de transitar nuestras falencias, utilizamos el saber disponible defensivamente, desde una vocación totalizante y totalitaria.

La presentación de objeto estaría en la manera en que nos son ofrecidos los conocimientos, en el ambiente de aprendizaje que puede dar cabida o no a la ilusión y fomentar u obstaculizar la creatividad. A veces, en el intento de apropiación del conocimiento, nos rebelamos contra aquellos saberes que no resuenan lo que uno lleva dentro. Esos que no pertenecen al espacio de la ilusión, que uno no puede descubrir por sí mismo una vez que los ofrece el otro. Me pasa en la formación cuando escucho teorías acartonadas que parecen formar parte de un glosario que tenemos que repetir, porque un “buen analista” no puede cuestionarse “El Edipo”, por ejemplo, piedra angular de la teoría. Y entonces uno siente que tiene que ser fiel a un dogma que nada tiene que ver con lo que nos trajo a este lugar.

Las ideas dogmáticas se distinguen de las vivas, porque las segundas siempre se encuentran afectivizadas. Lo que se transmite en psicoanálisis es un saber atravesado por el afecto y el deseo, que será fértil mientras podamos ilusionarnos, hacernos preguntas y no nos creamos portadores de una verdad absoluta.

Por poner un ejemplo, pienso en las innumerables veces que nos han repetido en el instituto que uno puede tener su propio estilo pero que la técnica fundamental no se toca, hay un método preciso y riguroso que hace falta seguir. Estoy de acuerdo con el fundamento de esto, si uno no propicia las condiciones adecuadas no se despliega el análisis. Pero de igual manera, el acento que dan a la palabra “rigor” en este instituto me irrita. “Rigor” viene del latín “*rigoris*”, implica rigidez, inflexibilidad, severidad, dirección recta y frío extremo. En la transmisión del psicoanálisis me gustaría más que nos hablaran de límites, contención, calidez y libertad.

Cuando aprendemos, necesitamos poder hacernos preguntas, necesitamos que nos permitan descubrir por nosotros mismos aquellos legados que nos son ofrecidos y para esto, necesitamos tocarlos. El simple hecho de plantear (explícita o implícitamente) aspectos intocables en psicoanálisis ya es en sí anti-analítico. Para formarnos en esta práctica necesitamos conocer el acervo teórico, nos convertimos en arduos lectores, pero el aprendizaje no llega sólo por la vía del conocimiento y la memoria. Uno tiene que retener y ampliar lo que sabe, pero al mismo tiempo cuestionarse y reinventarlo; si no, lo adquirido no se vive como propio. No se trata de incorporar teorías sino de introyectarlas y para eso, necesitamos diferenciarnos, desafiarlos y decepcionarnos.

Madeleine Baranger (2000) considera que la progresión de los individuos en la carrera psicoanalítica debería estar determinada por

su creatividad y no por su adhesión a una ideología o grupo, resalta la importancia de analizar los narcisismos que entorpecen la enseñanza y priorizar la libertad, el pensamiento y la búsqueda de la verdad.

“La tarea analítica podría recuperar el sentido de una verdadera sublimación, siempre expuesta y vulnerable al shock de los descubrimientos, de la sorpresa, y al dolor de perder lo que ya se pensaba poseer y entender.” (p. 658)

Una formación analítica suficientemente buena, tendría que facilitar el acceso a espacios potenciales en dónde didactas y candidatos podamos ir generando espacios intermedios que nos permitan experimentar el psicoanálisis como una vivencia de creación que es parte y no de una realidad compartida. Esto requiere que los educadores toleren hacerse a un lado para propiciar el uso de objetos transicionales, que permitan que juguemos con pensamientos distintos a los que se nos ofrecen, que faciliten la construcción de nuestra propia identidad analítica sin miedo a ser sustituidos o desplazados.

Lo mismo debería de suceder en las supervisiones. A veces pasa que intuitivamente, repetimos con nuestros pacientes manejos que tuvimos en nuestro propio análisis. Cuando supervisamos, nos topamos con un estilo y enfoque distintos, nuestros supervisores nos muestran un camino alternativo que al principio puede generar resistencia, por novedoso para nuestro psiquismo. Y en la cúspide de todo esto, están nuestros pacientes, con los dilemas que nos generan, en otro encuentro de dos mentes que están construyendo su propio camino analítico. Si bien la influencia de nuestros supervisores y analistas en la manera que ejercemos nuestra clínica es sustancial, necesitamos construir un estilo propio, que surge en la intersección de nuestro mundo interno, análisis, supervisiones, seminarios y trabajo clínico.

Así como nos topamos con una diversidad de estilos, la experiencia de haber estado en un diván es singular y al mismo tiempo, es algo que todos los analistas compartimos. Asumimos un compromiso con la transmisión de nuestra disciplina sin que haga falta preguntarnos si con “psicoanálisis” nos referimos a lo mismo.

Tal vez lo que se transmite en psicoanálisis es justamente ese pasaje por una experiencia analítica, punto de inflexión para el entendimiento y forma de vivir la vida. Esto me remonta a mi cuestionamiento inicial: ¿Qué es eso que me fue transmitido en psicoanálisis y a su vez quiero transmitir?

Lo que me tocó profundamente en mi análisis no fue el acceso a interpretaciones reveladoras de mi inconsciente, tampoco fue un trabajo de resolución de enigmas ni la recuperación de recuerdos reprimidos del pasado, no investigué a profundidad mi Edipo, al menos no “El Edipo” dice Marcelo Viñar que *“entre el Edipo y mi Edipo no hay las mismas relaciones que entre la manzana de Newton y la Ley de gravedad.”* (p. 13)

Lo que se vive en un encuentro analítico es una experiencia sui generis de un encuentro íntimo con otro que movilizó nuestro psiquismo. Me quiero formar como psicoanalista porque esta experiencia ha sido tan apasionante, que deseo seguir construyendo con mis pacientes espacios de este tipo.

Vuelvo a citar a Marcelo, que profundiza en la experiencia analítica:

“Hacer de este tiempo experiencial, íntimo y único, un conocimiento transmisible, ha sido para los analistas una preocupación constante, siempre lograda a medias y fallada otro tanto. (...)

Si nuestra práctica es un quehacer (científico y reglado) una diferencia es que el objeto a aprehender es efímero, singular y a reinventar; cada vez. El momento creativo a transmitir por la teoría se avecina más, entonces, a la creación plástica o poética, que al experimento científico reproducible. (...)

El saber analítico es puntual, efímero y precario como el gozar. Pero esta fulgurancia episódica ordena toda la experiencia.” (pp. 12-13)

Resumen

En este trabajo comunico mi experiencia como analista en formación, preguntándome de dónde surge mi deseo de ser psicoanalista. ¿Qué es lo que encontré en el psicoanálisis y a su vez quiero transmitir?

En cuanto al aprendizaje-enseñanza se enfatiza en la importancia de cuidar el espacio del juego y la ilusión, los cuales posibilitan que descubramos por nosotros mismos los conocimientos que nos ofrece el otro.

Se resalta la idea de que en psicoanálisis no se transmite un saber absoluto, sino una experiencia intersubjetiva y relacional que tiene un potencial transformador.

Se comparte la vivencia intensiva y demandante que implica este camino y el sostén que dan los compañeros, el análisis y la supervisión.

Palabras clave: formación psicoanalítica, ilusión-desilusión, creatividad, transmisión del psicoanálisis, deseo, transformación.

Summary

In this paper I intend to communicate my experience as a trainee analyst, asking myself where does my desire to become a psychoanalyst comes from? What did I find in psychoanalysis and what do I want to convey?

Regarding the teaching-learning process, I want to emphasize the importance of taking care of the play space and illusion, which enable us to discover in ourselves the knowledge that someone else can offer us.

The idea that psychoanalysis can't, and doesn't intend to, transmit an absolute knowledge is also highlighted, because psychoanalysis wants to transmit an intersubjective and relational experience that has a transforming potential.

I also want to share the intensive and demanding experience that this training implies and the holding that is given by my fellow trainee analysts, my own analyst and supervisor.

Keywords: psychoanalytic training, illusion, creativity, transmission of psychoanalysis, desire, transformation.

Bibliografía

- BARANGER, M. (2000) La creatividad en la formación. *Rev. De Psicoanálisis*, LVII, 3/4.
- GARCÍA VÁZQUEZ, S.; MILLER, D.; MOSCA, I.; FERNÁNDEZ, A.; RIVAS, A; DANILO, R; , ZYTNER, R. (1991) Un espacio para la transmisión. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*; n. 72-73: p. 99-111
- HORENSTEIN, M. (2022). Caetano Veloso: el hombre que soñó el psicoanálisis. (Entrevista) En *Conversación infinita*. <http://marianohorenstein.com/caetano-veloso/>
- SELIGMAN S. (2018). Illusion as a basic psychic principle: Winnicott, Freud, Oedipus, and Trump. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 66(2), 263-288.
- WINNICOTT., D (1971) *Realidad y Juego*. Edit. Granica, Argentina
- VIÑAR M. (1991) De la torre de Babel a los senderos fundadores. Algunas premisas para investigar el proceso psicoanalítico. *Revista uruguaya de psicoanálisis* (En línea)(72-73)